

*“El fuego de la estrella apagada flota disfrazado de frecuencias y temblores que
agitan un cuerpo que se forma, ectoplasma trémulo, espectro visible.
Fue Carmen Amaya esa estrella accesible. Su baile
irradió el universo flamenco”*
(Fausto Olivares)

*"Somewhere I've never travelled, gladly beyond any experience
your eyes have their silence. In your most
frail gesture are things which enclose me, or which I cannot touch,
because they are too near."*

(E.E. Cummings)

Amaya - astro del flamenco. Amaya - materia oscura de un universo de astros.

Olga Pericet conjura una red de pensadores del movimiento, y pensadores *en* movimiento, que sepan vagabundear alrededor de este enigma y hacia el múltiple "más allá" que es. **Porque infinito es sólo el cuerpo que se deja anhelar, rastrear, evocar más allá de las evidencias documentales y más allá de los mitos oficiales, en un sistema de signos donde presente y pasado quedan engarzados porque la memoria de verdad es siempre borrosa - y el arte del recuerdo es siempre un arte del desenfoque. No se trató nunca de simular la "cercanía" de Amaya (y hacer revival); se trató siempre y sólo de reconstituir su incalculable, estelar lejanía (y hacer reviviscencia): galaxia de recuerdos que nadie recuerda porque no han quedado "grabados" (*recorded*) en ningún archivo, en ningún documento o monumento.** Brillo de una Amaya *infra-leve*, que se observa con estupor, con temor, con amor, como una superficie de mundos y lunas tan remotos que la ciencia no llega a captarlos.

El silencio es el lugar del sonido donde todo comienza y donde todo finaliza, el muro contra el que se estrellan las palabras cuando su sentido resbala. En ese hueco, lleno de ecos, de vibraciones, se instala Pericet para hacer germinar la memoria descifrada de un cuerpo infinito, y descubrirla desde el polo magnético de otro tiempo: el suyo, el nuestro.

La memoria es una forma de atracción, o de gravitación. Desde este espacio vacío y recidivo de la memoria, hecho de retornos y circulaciones, Pericet y su coro de "eternautas" observan escuchan sienten Amaya como un gran cuerpo de materia oscura que, invisible en todo momento, llena, sostiene y da densidad a todo un universo de movimiento; que los expone a temperaturas extremas, entre el cero absoluto del vacío y la incandescencia plena de las estrellas; o entre el cero absoluto de la memoria desistida, y la incandescencia del icono insistente, en busca de Amaya como de algo tan cercano que resulta inasible (o tan presente que resulta invisible). El verdadero trance es transitar por Amaya como por un espacio: círculo donde el tiempo es diferente e intermitente, porque pasado y presente han salido de sus goznes, y son invisibles las puertas, los umbrales de intensidad que los abren.

La memoria se destruye y se reinventa.

La materia se transforma. La curva es infinita.

El sonido es frecuencia , cifras y explosión.

No se codea uno con el misterio de Amaya sin rozar la magnitud ancestral y astral del flamenco, su esencia, su brutalidad, su dar y su quitar: su devolvernos a nosotros mismos cuando más nos desposee. Genios de la humanidad son quienes abrieron espacios inauditos en el espacio de universos ya cerrados. Genios son quienes estimularon nuevas tentaciones de infinito. Buscando al gran cuerpo astral de Amaya, Pericet encuentra su propio reflejo, acepta el paso del tiempo, el dolor, la consciencia vertiginosa de desaparecer, y reformula su amor a la danza como el amor a un medio que la rodea: dimensión sin peso, sin gravedad, serena y a veces, aterradora. Desde aquí empieza a bailar de nuevo, a la manera que su cuerpo le impone cuando le habla, o cuando la escucha.

Comenzó buscando a Carmen Amaya y acabó confundándose con su propio reflejo en el espejo.